

EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS

BRANDON SANDERSON

ESQUIRLA DEL AMANECER



Esquirla del Amanecer es una historia que forma parte de la decalogía El Archivo de las Tormentas y está ambientada entre «Juramentada» y «El Ritmo de la Guerra». Sigue la estela de Danzante del Filo y permite que brillen unos personajes que suelen quedar eclipsados.

Tras el descubrimiento de un barco fantasma, cuya tripulación al parecer murió intentando llegar a la isla de Akinah, rodeada por tormentas, Navani Kholin deberá enviar una expedición para asegurarse de que la isla no haya caído en manos enemigas. Los Caballeros Radiantes que vuelan demasiado cerca de Akinah se encuentran de pronto con su luz tormentosa drenada, por lo que la travesía debe realizarse por mar.

La naviera Rysn Ftori perdió el uso de las piernas, pero ganó la compañía de Chiri-Chiri, una larkin alada que se alimenta de luz tormentosa y pertenece a una especie que se creía extinta. La mascota de Rysn ha enfermado y la única esperanza de que Chiri-Chiri se recupere podría encontrarse en el hogar ancestral de los larkin, Akinah. Con la ayuda de Lopen, el Corredor del Viento que antes era manco, Rysn tendrá que aceptar el encargo de Navani y navegar hacia el interior de la peligrosa tormenta, de la que nadie ha vuelto con vida. Si su tripulación no logra desvelar los secretos de la isla oculta antes de que caiga sobre ellos la ira de sus antiguos guardianes, el destino de Roshar y de todo el Cosmere penderá de un hilo.

*Para Kathleen Dorsey Sanderson,
que es la persona a la que conozco que más
merece su propio larkin.
(De momento, tendrá que bastarle con sus
gatos.)*

PRÓLOGO

NO había nada que pudiera competir con la experiencia de estar colgando de las jarcias a varios metros del suelo, con el aire fresco del mar en la cara, contemplando una superficie infinita de resplandeciente agua azul. El inmenso océano era un paso franco. Una invitación individual a explorar.

La gente tenía miedo al mar, pero Yalb nunca había comprendido esa actitud. ¡Con lo abierto y acogedor que era! Si le tenías un poco de respeto, te llevaba allá donde quisieras ir. Hasta te daba de comer por el camino y te arrullaba con sus canciones para que durmieras por la noche.

Yalb dio una bocanada plena y profunda, saboreó la sal, observó a los vientospren que pasaban danzando y sonrió de oreja a oreja. En efecto, no había nada que pudiera compararse a esos momentos. Pero la posibilidad de sacarle unas pocas esferas al chico nuevo... bueno, la verdad era que se le acercaba.

Dok se aferraba a los cabos con la tensión de quien no quería caer, en vez de con el relajado control de quien sabía que no lo haría. El chico era competente, para ser un alezi. La mayoría de ellos no ponía jamás el pie en una embarcación excepto para cruzar estanques demasiado anchos para bordearlos. Él, en cambio, no solo distinguía babor de estribor, sino que también sabía tirar de la bolina y arrizar una vela sin ahorcarse a sí mismo.

Pero se agarraba demasiado fuerte. Y echaba mano a la regala cada vez que el barco se escoraba. Y le habían dado náuseas el tercer día. Así que, aunque Dok estaba cerca de ser un marinero de verdad, todavía no lo era del todo. Y

como Yalb procuraba tener un ojo echado a los grumetes nuevos en los últimos tiempos, le correspondía a él ayudar a Dok mediante una buena broma. Si la reina alezi quería tener a más de los suyos entrenados en las tradiciones marinas thayleñas, esa parte deberían aprenderla también. Era educativa.

—¡Ahí está! —exclamó Yalb, asomándose hacia fuera y señalando con una mano mientras se mecía al viento—. ¿Lo ves?

—¿Dónde? —Dok trepó más arriba y escrutó el horizonte.

—¡Ahí mismo! —Yalb señaló de nuevo—. Un spren bien grande, saliendo del agua cerca de donde se refleja el sol.

—No —respondió Dok.

—Vaya. Pues está ahí mismo, Dok. Un marinerospren enorme. Supongo que aún no eres...

—¡Espera! —lo interrumpió Dok, haciéndose visera con la mano—. ¡Ya lo veo!

—¿Ah, sí? —dijo Yalb—. ¿Y cómo es?

—¿Un spren amarillo gigantesco? —respondió Dok—. ¿Saliendo del agua? Tiene unos tentáculos grandotes que se menean en el aire. Y... y una franja roja brillante en el lomo.

—¡Que me arrojen por la borda y me llamen pescado! —exclamó Yalb—. Si puedes verlo, ¡supongo que sí que eres un marinero de verdad! Ganas tú la apuesta, pues.

Por supuesto, se habían asegurado de que Dok los oyera susurrar hablando del supuesto «marinerospren», así que el joven sabía cómo debía describirlo. Yalb sacó unos chips del bolsillo y se los entregó a Dok. Unas ganancias iniciales fáciles para provocar que Dok les siguiera la corriente cada vez más. Vería más apariciones de esos «marinerospren» por todas partes hasta que, después de aceptar una apuesta enorme a que era capaz de vislumbrar alguno, le revelarían que los marinerospren no existían y todo el mundo se echara unas buenas risas.

En opinión de Yalb, si alguien era tan ingenuo como para que le colaran esa broma, iba a terminar perdiendo todas las esferas que tuviera de todos modos, así que ¿por qué no perderlas con sus compañeros? Además, se guardarían las esferas para invitar a unas rondas a todos, Dok incluido, cuando estuvieran de permiso en tierra. A fin de cuentas, cuando uno emborrachaba a sus compañeros de tripulación era cuando se convertía en un marinero de verdad. Eso y que, cuando hubieran bebido lo suficiente, a lo mejor entonces todos veían un puñado de spren de color amarillo brillante con tentáculos.

Dok se acomodó entre los aparejos.

—¿Es verdad que te fuiste a pique una vez, Yalb?

—El barco se fue a pique —dijo Yalb—. Solo dio la casualidad de que yo navegaba en él.

—No es lo que me contaron —repuso Dok, con un leve acento alezi espolvoreado en su voz—. ¿No dijiste a la gente que el tormentoso barco entero desapareció bajo tus pies?

—Ya, bueno, pero me había tragado medio océano antes de que me sacaran del agua —dijo Yalb—. Para entonces ya no era precisamente un testigo fiable, ¿verdad?

Y Yalb buscaría al marinero que estaba repitiendo esa historia y le cerraría su gran boca. Todos sabían que a Yalb no le gustaba hablar de la noche en que el *Placer del Viento* cayó. Había sido un buen barco, con una tripulación incluso mejor. De ella solo habían sobrevivido tres personas.

Las otras dos contaban la misma horrible historia, tal y como Yalb la recordaba. Asesinos en la oscuridad, algo peor que un amotinamiento. Y luego... el barco entero *desapareció* sin más. Yalb pasó meses creyendo que se había vuelto loco. Pero entonces el tormentoso mundo entero se volvió loco con el regreso de los Portadores del Vacío, una tormenta nueva y guerra por todas partes.

Así que, después de todo eso, Yalb llevaba a marineros alezi en su barco. Y tendría un ojo echado a cualquiera que llegara nuevo, por si acaso. Pero Dok parecía buena persona, de modo que Yalb lo trataría bien... tratándolo mal.

Se asomó más hacia fuera, intentando recobrar el buen humor.

—Ahora que has visto al marinerospren, ya puedes...

Frunció el ceño. ¿Qué era *aquello*? ¿Qué estropeaba la infinita hermosura azul?

—¿Ya puedo qué? —preguntó Dok, ansioso—. ¿Puedo hacer qué, Yalb?

—Calla —dijo Yalb, y ascendió por el nido de anguilas para llamar la atención de Brekv, que estaba de vigía—. ¡A tres cuartas de la amura de babor!

Brekv se volvió para escrutar el horizonte en esa dirección, alzando su catalejo. Luego renegó en voz baja.

—¿Qué es?

—Barco. Espera un momento, que justo ahora asoma... Sí, es un barco, con las velas hechas jirones. Se escora a babor. ¿Cómo puedes haberlo visto?

—¿Qué pabellón lleva?

—Ninguno —respondió Brekv, acercándole el catalejo.

Mala señal. ¿Qué hacía aquella embarcación sola allí fuera, en plena guerra? El barco de Yalb era una nave rápida de exploración, así que era lógico que navegara sin compañía. Pero en los tiempos que corrían, a cualquier barco mercante le interesaba llevar escolta.

Yalb fijó la mirada en el barco. No había tripulación en cubierta. Tormentas. Devolvió el catalejo a Brekv.

—¿Quieres informar de él? —preguntó Brekv.

Yalb asintió y se dejó deslizar cabo abajo. Dok lo miró sorprendido cuando pasó junto a él, y al momento Yalb se soltó del cabo, corrió por la cubierta y llegó al puesto de la capitana con tres saltos, subiendo los peldaños de dos en dos.

—¿Qué pasa? —preguntó la capitana Smta. Era una mujer alta, con las cejas tan rizadas como el pelo.

—Barco —dijo Yalb—. Sin tripulación a la vista. A tres cuartas de la amura de babor.

La capitana lanzó una mirada a la timonel y asintió. Hizo llegar órdenes a los hombres de los aparejos y la nave viró hacia la embarcación recién avistada.

—Llévate una partida de abordaje, Yalb —dijo la capitana—, por si hace falta tu experiencia especial.

«Experiencia especial.» Los rumores no eran ciertos, pero todo el mundo se los creía y susurraba que Yalb había navegado durante años en un barco fantasma, motivo por el cual había terminado desapareciendo. Era por eso por lo que nadie quería contratar juntos a los tres supervivientes, así que habían tenido que separarse.

Yalb no se quejaba de que lo trataran así. La capitana ya había hecho bastante aceptándolo. Así que, si le daba una orden, él la cumpliría. De hecho, aunque Yalb era un mero tripulante sin autoridad, hasta el segundo de a bordo lo miró esperando instrucciones cuando por fin llegaron junto al extraño barco. Tenía todas las velas hechas trizas. Se escorbaba en el agua con la cubierta vacía, desprovista incluso de fantasmas.

El barco no desapareció bajo los pies de los marineros mientras lo exploraban. Tras una hora de búsqueda, regresaron con las manos vacías. No había ni rastro del cuaderno de bitácora de la embarcación, ni tampoco de ningún tripulante, vivo o muerto. Solo encontraron su nombre: el *Primeros Sueños*, un barco privado del que el segundo de a bordo recordaba haber oído hablar. Había desaparecido cinco meses antes durante algún tipo de misteriosa travesía.

Mientras Yalb esperaba a que la capitana y los demás decidieran qué hacer, se apoyó en la regala y estudió la desdichada nave, solitaria y a la deriva. ¿Había sido el destino quién había querido que él encontrara aquella embarcación? ¿Que el hombre cuyo barco había desaparecido

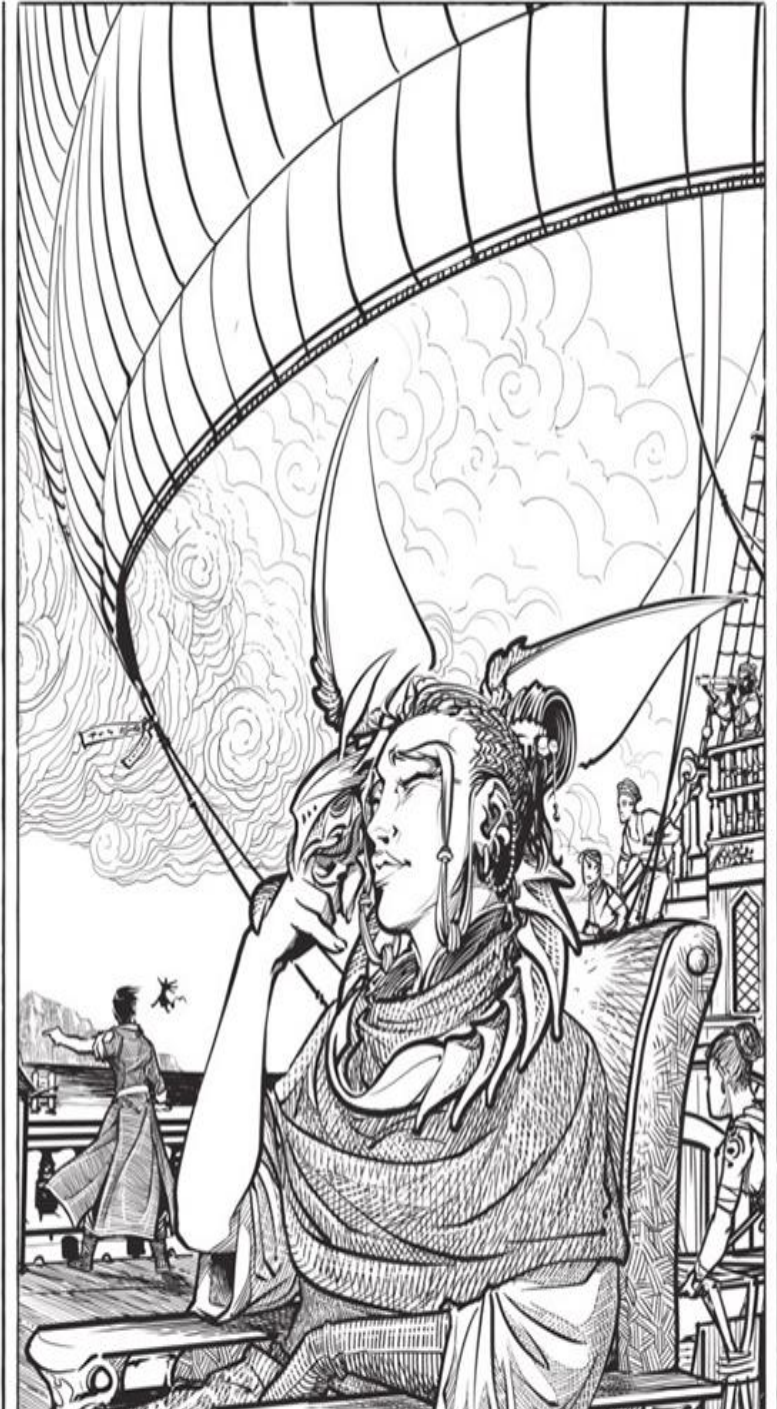
acabara junto a la nave cuya tripulación había desaparecido? La capitana iba a querer largar una vela más y remolcar aquel barco a puerto. Yalb estaba convencido. Necesitaban hasta el último barco para la guerra.

Iban a encargarle a él la tarea. No le cabía ni la menor duda. Seguro que la tormentosa reina en persona lo exigiría.

El mar era una amante extraña, desde luego. Abierta. Acogedora. Tentadora.

A veces un poco demasiado.







1



QUIZÁ hubiera quienes considerasen que seleccionar una nueva expedición comercial era un trabajo aburrido. Para Rysn, era una emocionante cacería. Sí, lo hacía sentada en una sala entre montones y más montones de papeles, pero se sentía como una cazadora de todos modos.

Entre aquellos informes se ocultaba una infinidad de joyitas interesantes. Detalles sobre mercancías a la venta, rumores de puertos con necesidades que la guerra estaba dificultando satisfacer. En algún lugar de todos aquellos pormenores se hallaba la oportunidad perfecta para su tripulación. Rysn lo revisaba todo como una exploradora arras-trándose entre los matorrales, callada y cuidadosa, buscando la línea de ataque perfecta.

Además, involucrarse en algo tan a fondo la distraía de sus otras preocupaciones. Por desgracia, en el instante en que Rysn lo pensó, no pudo evitar desviar la mirada hacia Chiri-Chiri. Recubierta de caparazón y con grandes alas membranosas, la larkin solía pasarse el día incordiando a Rysn para que le diera comida o metiéndose en líos. Pero ese día, como tantos otros en los últimos tiempos, la larkin estaba acurrucada, durmiendo en el extremo opuesto de la

larga mesa, cerca de la maceta con hierba de Shinovar que tenía Rysn.

Chiri-Chiri había crecido hasta una longitud de unos treinta centímetros desde el hocico hasta el nacimiento de la cola, que se extendía otros cuarenta. Ya era tan grande que Rysn necesitaba las dos manos para llevarla en brazos. La larkin tenía un perfil impresionante, con su mandíbula prominente y sus ojos de depredadora. Pero últimamente su caparazón entre marrón y violeta se había emblanquecido hasta casi el color de la tiza. Demasiado blanco para que fuese una simple muda. Le pasaba algo.

Rysn se deslizó por su banco. Antes había preferido tener un despacho minúsculo y apartado de la gente. Pensaba que había sido una reacción inconsciente por su parte, un intento de esconderse de los demás.

Pero eso se había acabado. Rysn disfrutaba de un despacho bien grande para el que había encargado toda una variedad de mobiliario nuevo. Aunque había perdido el uso de las piernas en el accidente, dos años antes, su lesión no estaba tan arriba en la columna vertebral como la de otras personas con quienes se había escrito. Rysn podía sentarse por su cuenta, aunque hacerlo le forzaba el cuerpo a menos que dispusiera de un respaldo en el que apoyarse. Incluso teniéndolo, prefería practicar sentándose sin utilizarlo para reforzar los músculos.

En vez de una silla, o varias, Rysn prefería sentarse en bancos largos con respaldos altos por los que pudiera desplazarse. Había encargado que se los ensamblaran junto a las distintas mesas largas del despacho, que también contaba con una buena cantidad de ventanas. Daba una sensación tan diáfana y abierta que Rysn se sorprendía de haber preferido alguna vez los espacios más angostos y oscuros.

Llegó al final del banco, cerca del nido de mantas de Chiri-Chiri. Rysn dejó la pluma en la mesa y cogió una esfera de diamante de una copa para acercársela a Chiri-Chiri.

La gema tenía un resplandor intenso, que invitaba a la larkin a darse un festín con su luz tormentosa.

Chiri-Chiri solo abrió una rendija de un ojo plateado y apenas se movió. Alrededor de Rysn aparecieron unos pocos congojaspren con forma de cruces negras retorcidas. Tormentas. Los médicos de animales no habían sido de mucha ayuda: suponían que la larkin tenía alguna enfermedad, pero le habían dicho que las dolencias eran muy individuales en cada especie. Y Chiri-Chiri era la única de su especie que todos ellos habían visto jamás.

Rysn trató de impedir que la inquietud la aplastara y dejó la esfera cerca de la boca de Chiri-Chiri antes de obligarse a regresar a su cacería. Ya había enviado una petición por vinculacaña a alguien que pensaba que podría ayudar a Chiri-Chiri. No había nada más que Rysn pudiera hacer hasta que ese hombre respondiera, así que se deslizó de vuelta por el banco para seguir trabajando. Pero entonces cayó en la cuenta de que se había dejado la pluma. Empezó a moverse de nuevo para recuperarla.

Al instante, Nikli abandonó casi de un salto su posición cerca de la puerta y corrió hacia la pluma para devolvérsela. Antes de que Rysn pudiera llegar, el hombre, demasiado entusiasta, ya estaba tendiéndole la pluma.

Rysn suspiró. Nikli era su nuevo porteador jefe, el hombre que la llevaba de un lugar a otro cuando Rysn necesitaba ayuda. Procedía de algún lugar en la región makabaki occidental y, aunque hablaba bien el thayleño, le había costado encontrar empleo. Destacaba mucho entre la gente por su cara y sus brazos cubiertos de tatuajes blancos.

Estaba ansioso por conservar ese trabajo, pero, aunque Rysn valoraba la iniciativa...

—Gracias, Nikli —dijo, cogiendo la pluma—. Pero, por favor, espera a que pida ayuda antes de dárme-la.

—¡Oh! —exclamó él, e hizo una inclinación—. Lo siento.

—No pasa nada —dijo ella, indicándole con un gesto que se retirara a un lado del despacho.